M. Abramovich

Juntar chapitas

Micrófono Pirañas Bozal

No es nada difícil juntar chapitas, se va a la tienda de la esquina, se pone cara de niña buena y ansiosa y se consiguen las chapitas necesarias para jugar. Me encanta jugar kiwi con Sebastián, aunque Laura se entrometa siempre, aunque lo quiera en su equipo siempre. También me gusta jugar dentro de la casa con el ***micrófono*** de sus papás. Me encanta cuando me empuja de puro picón y yo reírme como una desquiciada. En cambio no me gusta cuando mamá nos llama y ya es hora de irnos a bañar.

Ayer mamá nunca llamo, ayer fue todo muy confuso. Llegaron los policías a la casa mientras nosotros jugábamos en la manzana. Ayer veía en la tele un programa sobre unos ***pirañas*** pero me aburrió y cambie de canal, y sorpresa mía, encontré mi casa. Eran los policías que habían encontrado unos paquetitos debajo del ***bozal*** del perro. Aún recuerdo como papá les gritaba a los policías que mamá era inocente.

Solo quiero que vuelva mamá, que me diga por la ventana que soy una malcriada y que me mande a pasar a la casa. Quiero eso y que Laura vaya a juntar chapitas mientras me quedo jugando mundo con Sebastián. Ahora me voy a buscar que significa la palabra inocente en el diccionario de papá, mientras él, cerveza en mano, sé que sigue pensando en mamá.

El oficial Mac Tagert

Micrófono Pirañas Bozal

El oficial Mac Tagert salió a la cornisa. Ahí vio al individuo. Al potencial suicida.
- ¡Recapacite, tiene mucho por qué vivir!
- Usted no sabe nada- dijo el tipo.
-Vamos, las cosas no pueden estar así. Usted se ve como un buen tipo. Yo me cruzo con escoria todos los días. Violadores o en el mejor de los casos ***pirañas***. Usted parece estar lejos de ser eso.
- Soy peor. Soy un traidor. Soy nada.
Abajo los reporteros sostenías ansiosos sus ***micrófonos*** e incluso llegó el manicomio para ponerle camisa de fuerza y ***bozal*** al tipo por si lo salvaban.
-¡Vamos venga! – dijo Mac Tagert
El tipo saltó.
Se hizo una mancha de sangre enorme en la vereda.
A los segundos se incorporó ante la sorpresa de las cámaras.
La maldición del traidor es esa. Empieza con 30 monedas y no se acaba nunca. Por más que intentes. Por más que pasen 2016 años.
Triste se fue caminando, a probarlo otro día quizá.
Quizá con más suerte.

Schrodinger

Camaleón Buque Silla de ruedas

En la universidad me llamaban Schrodinger. Tal vez era por mi manía de encerrar animales en cajas. La primera víctima fue el ***camaleón*** de mi hermana, se quedó una semana sin comer, todavía no sé si sigue vivo o no, nunca abrí la caja.
La carrera no me satisfacía así que me metí a la marina. Viaje en ***buques*** y rodeado de cajas vacías que llenaba con los animales que encontraba, había más cosas por encerrar en este mundo, más que mis ilusiones. Tuve la misma flaca por cinco años así que lo lógico era pedirle matrimonio. Nos casamos cuando regrese a puerto. Fue la boda más fea que he visto. Todo olía a pescado.
Pasamos muchos años juntos, yo empecé a trabajar en la tienda de la esquina, tenía mi traje azul y mis zapatos antiguos. Llegaba a casa todas las noches, cuando el viento crujía y mi gato esperaba en la ventana. Aún me llaman Schrodinger, y no es solo por costumbre. Ana vive encerrada en mi cuarto, en su ***silla de ruedas***, con mi gato, con mi buque de juguete, con mis animales que aun muertos no están.

La gran bestia y los viejos lobos

Camaleón *Buque* *Silla de ruedas*

Al viejo Rodolfo no le importaba en lo más mínimo estar discapacitado ni en ***silla de ruedas.*** Era un viejo animal de mar, obstinado y terco como él sólo. Decidió, por su cumpleaños número ochenta, alquilar un pequeño ***buque*** pesquero y darle caza a aquella gran bestia que lo tenía obsesionado desde hace muchos años. Trajo como acompañantes a otros viejos lobos de mar igual que él y, claro está, a Víctor, un ***camaleón*** que tenía de mascota y que siempre llevaba en el hombro. Era su compañero fiel, no tan gracioso como un perro, pero hacía su trabajo. Al llegar ya a alta mar, y después de lanzar una gran cantidad de carnada, la gran bestia aún no aparecía.

Sus amigos se quejaban "¿Nos llamas para esto, Rodolfo? Esto es un maldito chiste"El chiste no tardó mucho en volverse una cuestión semi mitológica. Al poco rato de recibir algunos improperios, algo comenzó a golpear la parte baja del buque."¡Aquí está, la gran bestia! ¡Es hora de atacar!" Lo único que lograron ver fue una gran sombra bajo el agua, pero los viejos lobos de mar lanzaron todos los arpones que tenían. Grande fue la decepción cuando, al creer que ya la tenían cazada, y al levantarla con una red, vieron que no era más que un gran cúmulo de metal, aparentemente de algún vehículo de guerra."Maldita sea" exclamó Rodolfo. Sus amigos se le quedaron mirando decepcionados. Ya no eran grandes cazadores. Ahora solo eran viejos lobos de mar, sosos, crédulos y desesperados por una gran cacería.